

INTRODUCCION A LA CONCIENCIA SOCIAL CATOLICA EN LOS ESTADOS UNIDOS.

II

EL mundo de la post-guerra, en 1919, conoció la plétora de proyectos, planes, e ideas sobre cómo reorganizar la humanidad q' conocemos los q' vivimos en la actualidad. Algunos de estos proyectos merecieron el interés y la atención de los sectores más responsables de la opinión: particularmente él del Partido Laborista Británico y él de la Jerarquía Católica de los Estados Unidos. En Inglaterra, el Cardenal Bourne se había referido al problema de la reconstrucción social en momento de publicarse el programa del elemento laborista. Su Eminencia había dicho claramente que; "se admite en todas partes que un nuevo orden, nuevas condiciones sociales, nuevas relaciones entre los diferentes sectores de la sociedad, surgirán como consecuencia de la destrucción de las que existían antes."

Los obispos norteamericanos señalan en su programa que en los Estados Unidos, los cambios sociales no serían tan marcados ni tan violentos como en Europa, puesto que el impacto de la guerra no había sido tan grave. El programa episcopal contenía once proposiciones, que abarcan no la organización internacional que urgía, sino las medidas mínimas indispensables para asegurar el bienestar social interno del país. Es importante enumerar los puntos que presentan los obispos por la sencilla razón de que su programa fué tildado de extremista, de "comunizante", de peligrosamente izquierdista y de constituir por lo menos un flirteo con el bolchevismo, entonces en todo su furor en Rusia. No pocos de los grandes capitalistas e industriales vieron en este sencillo programa

una amenaza para la estabilidad social y una cuña colocada en medio de las instituciones nacionales que poco a poco les iría destruyendo. El programa incluye los siguientes puntos esenciales:

1. Legislación sobre el salario mínimo.
2. Sistema de seguros contra el desempleo, las enfermedades, la incapacidad para trabajar y la vejez.
3. Una edad mínima de dieciseis años para menores en el trabajo.
4. El cumplimiento legal del derecho de organización de los trabajadores.
5. Continuación de la **National War Labor Board** para asegurar mayor justicia en las relaciones entre patrones y obreros.
6. Un servicio nacional para facilitar el empleo.
7. Viviendas construídas con fondos públicos para la clase obrera.
8. Evitar la reducción de los jornales de tiempo de guerra y un programa bien meditado para aumentarlos, no solamente en beneficio de la clase obrera, sino para obtener esa prosperidad que solamente puede lograrse por medio de una distribución amplia del poder adquisitivo entre las masas.
9. Evitar las ganancias e ingresos excesivos, por medio de la reglamentación de los impuestos sobre ingresos, herencias y ganancias exorbitantes.
10. La participación de los trabajadores en la dirección de las empresas y una distribución más amplia y equitativa de la dirección por medio de empresas cooperativas y la participación de los obreros como accionistas en las empresas.

11. El control efectivo de los monopolios y trusts, admitiendo hasta la intervención y la concurrencia del gobierno si es preciso para limitarlos.

Este programa es mínimo, pero contiene todas las ideas centrales que han animado a los católicos en su lucha por el mejoramiento social hasta nuestros días. Notemos los elementos básicos en este programa. En primer lugar el derecho a la organización por parte de los obreros, haciendo hincapié en ese derecho que tiene la clase trabajadora y que León XIII reconoce plenamente en *Rerum Novarum*. En segundo lugar que los jornales no se reduzcan, por que nada más peligroso para la estabilidad económica que una transición brusca de tiempos de guerra a una época normal en que los salarios se reducen instantáneamente con consecuencias gravísimas en todos los órdenes. Aquí también se encuentra una idea fundamental que señala en muchas de sus obras y artículos, ese paladín de acción social católica en Estados Unidos, Monseñor John A. Ryan, que el poder adquisitivo es el factor que determina la capacidad de un pueblo de alcanzar una prosperidad. En los Estados Unidos se ha resuelto antes de la guerra el problema de la producción en masa. La productividad había alcanzado proporciones astronómicas. Lo que urgía era garantizar que el poder adquisitivo de la masa de la gente, los compradores, estuviesen a la altura de esa productividad. Las depresiones económicas sobrevienen precisamente cuando la producción es amplia y abundante pero el público no puede, por falta de medios, adquirir lo que se produce. Cuando esta falta de relación entre producción y adquisición se manifiesta, el peligro es inmenso. Por eso, la necesidad de proteger los ingresos de la clase obrera por todos los medios posibles. El capital, como bien lo dice Pío XI en *Quadragesimo Anno*, puede defenderse; los que no poseen los medios para una defensa adecuada sin que el Estado intervenga, es la clase proletaria. Una de las medidas propuestas que mayor discusión provocó, fué la relacionada con la participación de los obreros en las empresas a base de una relación cooperativa, introduciéndoles como accionistas. De todos los puntos que hemos enumerado, el único que no ha prosperado mayormente en el curso de los últimos veinte años ha sido éste. La industria norteamericana no ha hecho mucho progreso en el sentido de incorporar al obrero en la empresa misma, haciendo de él una especie de co-dueño. Pero lo notable es que el programa

de los obispos, audaz, bien orientado, moderno y a tono con las exigencias nacionales, ha sido ampliamente justificado, por la sencilla razón de que poco a poco la legislación nacional ha incorporado la casi totalidad de estas ideas en las leyes y estatutos que han sido aprobados.

La labor de la **National Catholic Welfare Conference** en el terreno de acción social comienza a raíz de esta declaración de principios. Le da la pauta y la norma y dentro de sus posibilidades, la NCWC ha realizado una obra pionera en abrir nuevos horizontes a lo que puede ofrecer la justicia social basada e inspirada en principios netamente cristianos. Nadie podría decir hasta qué punto, las múltiples actividades de la NCWC y de los demás organismos de la Iglesia han servido para alejar de los Estados Unidos toda amenaza de marxismo. La Iglesia, al insistir en la presentación de su programa, firmemente elaborado por el Sumo Pontífice e interpretado autorizadamente por la Santa Sede ha demostrado que los extremismos que se debaten no constituyen la solución que la cordura, el sentido común y la sensatez dictan. La Iglesia ofrece a la humanidad norteamericana un programa de acción perfectamente definida, detalladamente estudiada, aplicable a los males que aquejan su sociedad y que está conforme en todos sus puntos con la naturaleza humana y perfectamente ajustada a las relaciones que debe guardar el hombre para con Dios.

La situación que prevalecía en los Estados Unidos en los años que siguieron a la primera guerra mundial distaban mucho de ser halagüeños. Después de un brevísimo período de reacción, la nación cayó en la primera depresión de 1921. Logró recuperar y durante el resto de la década de 1920, el país iba en pleno camino de la prosperidad y de bonanza. Esta peligrosa trayectoria hizo que toda obra de reforma social fuese extremadamente difícil y ardua. Durante los años dorados, entre 1926 y 1929, el pueblo norteamericano carecía de todo interés vital en una materia que más bien parecía remota y de escasísima actualidad. Esta despreocupación e indiferencia se reflejaban en la vida política nacional. La elección de Harding como Presidente había producido una de las administraciones más escandalosas que ha conocido el país. La corrupción cundía en todas partes. Sin embargo, con la mejoría económica que se había registrado hacia 1924, cuando en la campaña de aquel año quiso revelar al pueblo lo que la administración anterior había significado, no hu-

bo manera de hacer mella. El Senador La Follette, de una honradez escrilada y de un inmenso espíritu de reforma y de combate, fué candidato independiente a la presidencia. Todos sus esfuerzos para explotar políticamente el escándalo de Teapot Dome o los desfalcos y veleidades de diversos miembros del gabinete fueron infructuosos. Norte América vivía demasiado bien para interesarse en asuntos tan baladíes. Lo mismo ha sucedido con respecto a la obra de justicia social. Se impone como problema cuando las cosas marchan mal y hay crisis. Cuando todo va viento en popa, es punto menos que imposible despertar de su letargo y apatía la conciencia nacional.

En 1921, Monseñor Ryan y el Padre Raymond McGowan publicaron un estudio fundamental, titulado, **A catechism of the Social Question**. Fué el primero de muchos folletos, monografías y estudios más detenidos en que se aplicaban las enseñanzas de **Rerum Novarum** a las condiciones peculiares de los Estados Unidos. He aquí justamente la labor más significativa de la NCWC y su división de Acción Social: la de indicar cómo los conceptos y principios contenidos en las Encíclicas pueden y deben aplicarse a las realidades complejas de la vida industrial norteamericana.

La difusión de las ideas de las Encíclicas se ha hecho en diversas formas. Primero, entre colegios, universidades y demás instituciones de enseñanza. Segundo, por medio de una literatura abundantísima que llega en lenguaje sencillo a un número inmenso de gente. Tercero, por medio de conferencias sobre relaciones industriales, llevados a cabo en diversas diócesis con el apoyo de los miembros de la Jerarquía y donde se discuten durante varios días, con una representación genuina de la clase patronal y obrera, los problemas específicos del lugar donde la reunión se está celebrando. Así se logra proponer soluciones en armonía con la doctrina católica sobre problemas reales que se han planteado en el lugar donde han surgido. Y cuarto, por medio de una intervención del clero y de la Jerarquía en diversos aspectos de la vida social y económica para influir hacia soluciones satisfactorias. Tenemos, por ejemplo, el caso de la presentación de sacerdotes ante las cámaras legislativas de los estados o ante las audiencias públicas celebradas por el Congreso Nacional. El Padre J. W. R. McGuire, con un caso, de Chicago,

Illinois, ha representado a los obispos de aquel estado muchísimas veces ante los legisladores cuando se discutía algún proyecto de ley en que estaba envuelta la doctrina social. En Washington, Monseñor Ryan ha trabajado durante muchos años en pro de una legislación social más avanzada y en la discusión de ciertas medidas específicas. En 1922, por ejemplo, se discutía una ley para la compensación obrera, en el Distrito de Columbia, Monseñor Ryan se presentó ante el Congreso para defender un sistema de seguro por el Estado en vez de uno dirigido y manejado por las empresas particulares. En 1931, apareció ante el comité presidido por el Senador La Follette sobre planificación industrial, para abogar por un programa de obras públicas por parte del Gobierno federal. También se presentó ante el comité del Congreso para defender varios proyectos sobre el desempleo que había presentado el Senador Wagner de Nueva York.

Sería imposible, en el breve espacio que tenemos disponible, discutir la variedad infinita de intervenciones, de influencia y de iniciativa que las agencias de la Iglesia han tomado, en los Estados Unidos tendientes a obtener que los conceptos católicos sobre las relaciones sociales y económicas se reconozcan. Todo un capítulo sería, por ejemplo, los sistemas de créditos que se han establecido en muchas parroquias, llamado, **Unión de Crédito**. Uno de los motivos de mayor satisfacción es el hecho de que la NCWC y su División de Acción Social no cayeron en los graves errores económicos de 1929. Monseñor Ryan, por ejemplo, escribió una serie de artículos antes de la depresión en que señalaba clarísimamente los peligros de una nueva crisis. Comprendió que el problema del desempleo no se había resuelto y por consiguiente, la clase obrera no disfrutaba sino de una prosperidad efímera y transitoria. Sus presagios fueron ampliamente confirmados después de octubre de aquel aciago año. Monseñor Ryan fué uno de los más activos en proponer un sistema de obras públicas para resolver la depresión; una medida que más tarde fué incorporada a su programa de acción por el actual Presidente Roosevelt.

En el artículo siguiente, estudiaremos someramente la influencia católica en los problemas industriales, y particularmente en el movimiento obrero y en las huelgas.

Ricardo Pattée